

RESEÑAS

BERTIL MALMBERG, *Études sur la phonétique de l'espagnol parlé en Argentine*. Lund, 1950. 290 págs. (*Études Romanes de Lund publiées par Alf Lombard*, vol. X).

Bertil Malmberg, el joven y activo fonetista sueco, ha estado unos cuatro meses en la Argentina (abril-agosto de 1946) trabajando en el Instituto de Filología, observando la lengua de la calle, escuchando a mozos de restaurant o de café, marchando detrás de los pregoneros, asistiendo a conferencias y espectáculos y hasta viajando por el interior del país. A las numerosas observaciones hechas de ese modo ha sumado, en segundo lugar, el análisis detenido del habla de dos sujetos argentinos (un estudiante de letras, de veinte años, y una profesora de inglés, de treinta), con pronunciación que le parecía representativa del habla culta. En tercer lugar, como complemento, ha hecho en París inscripciones quimográficas y observaciones sobre un estudiante argentino de física. En cuarto lugar, ha utilizado algunos discos argentinos que reproducen textos literarios en pronunciación culta. Y, por último, ha manejado casi toda la bibliografía existente, desde los vocabularios y obras de divulgación, buenas y malas, hasta la literatura gauchesca y los trabajos del Instituto de Filología de Buenos Aires. Con todos estos materiales ha querido hacer —dice—, no el estudio de *la* pronunciación argentina, sino el de *una* pronunciación argentina.

Tomado así su trabajo, como estudio modesto de unos rasgos de pronunciación observados en circunstancias determinadas, el libro de Malmberg sería una contribución positiva, irreprochable, y todos tendríamos que agradecerérsela. Pero la verdad es que a cada paso se sale de ese propósito limitado y discreto, y aborda las cuestiones más generales y espinosas, discute empeñosamente todas las opiniones y expone doctoralmente las suyas propias. El libro se transforma así en una aventura realmente temeraria. Sus observaciones exactas —es indudable su pericia fonética— se pierden en un mar de observaciones deficientes, de generalizaciones inadecuadas, de consideraciones arriesgadas y falsas. Poco a poco se siente la tentación de discutir cada una de sus frases, y se llega hasta a poner en tela de juicio la exactitud de muchas de sus observaciones.

Un factor importante tenía Malmberg en su contra: un conocimiento muy inseguro de la lengua española, y aún más del habla regional. Así, entre los ejemplos de *e* cerrada, de pronunciación

constante, menciona *vero-héro* (pág. 35), pero ésta no es palabra que exista en castellano, ni en el de la Argentina, aunque sí en italiano. Cuando en los textos fonéticos nos da el castellano *inquietudes* con la pronunciación *in^hkjetúðines* (pág. 233), se llega a pensar que uno de los sujetos utilizados era de habla italiana. Insistentemente transcribe *atmósfero* (págs. 75-76), que nunca ha terminado en *o*. Puede dudarse de la regularidad del cambio *sb* > \varnothing cuando lo ejemplifica con *luz blanco* (pág. 163)¹; el sustantivo *luz* no ha sido masculino jamás, en ninguna época de la lengua ni en ninguna región. O del cambio regular *sg* > *x* en el habla espontánea de la gente culta cuando lo ejemplifica con *estamos gallegos*, imposible en castellano². Se sorprende de haber oído una vez en Mendoza *Ankel* por *Angel*, con extraño cambio *x* > *k*, que puede deberse —dice— a influencia indígena (pág. 103), cuando es pronunciación que se oye a cada paso, en Buenos Aires y en el interior, al par de millones de italianos que hablan español, y aun a veces a sus hijos, criados en ambiente de habla italiana: reemplazan sistemáticamente todo sonido de *j*, inexistente en su lengua de origen, por *k*, que es su equivalente más próximo (el teatro popular remeda continuamente esa sustitución, sobre todo con ejemplos humorísticos)³. Pero no se trata sólo de ejemplos que puede haber reconstruido de memoria, con los errores consiguientes en investigador de lengua extranjera. En un caso ha llegado a una conclusión que nos parece evidentemente falsa. Malmberg va a ver en un teatro de Buenos Aires la representación de *La noche del sábado* de Benavente por una compañía española. En varias ocasiones —dice— la pronunciación de unas cuantas zetas seguidas provoca carcajadas del público (pág. 173). Eso es realmente imposible. Para el público argentino la *z* castellana es habitual, y no le choca en más de un millón de españoles que la pronuncian

¹ Lo transcribe así (reducimos en todas nuestras citas sus signos fonéticos a los nuestros): *luz blanco-lu^hplá^hko*. Además, en la pág. 168, nota 3, nos dice que ha oído *luz escaso* a venezolanos cultos, cosa imposible.

² Transcribe *e^htámoxažégo^h* (pág. 163). Se diría *somos gallegos*, pero si son de veras gallegos no sirven como modelo de pronunciación argentina. Quizá Malmberg ha oído efectivamente *jallegos*, y aun *jallejos*, en remedos humorísticos, porque se les atribuye la pronunciación regular de *j* por *g*.

De todos modos esa parte del trabajo, sobre los cambios regulares *sb* > \varnothing , *sg* > *x* y *sd* > θ (con este signo representa, no la interdental, sino una postdental), nos parece muy discutible. En Buenos Aires sólo se oyen unos casos aislados de asimilación: *refalar*, *rajuñar*, *rajar*, *dijusto*. Cuando nos dice que ha oído *defiar* (*desviar-de^hjár*, págs. 163-164) en una conferencia universitaria de Buenos Aires, nos inclinamos a creer que el conferenciante trató de pronunciar la *v* labiodental, que a Malmberg (en el contexto *sv* o *hv*) le sonaría sorda. También dudamos de la pronunciación *sejriben* 'se inscriben' que ha oído una vez a un orador (pág. 163), o *diez grados-djextrádo*, contra el sistema silábico del español. Me parece que fía demasiado de su oído. Una conferencia (¿dicha? ¿leída?) puede ofrecer siempre torpezas intrascendentes. Además, *casus unus casus nullus*.

³ Creemos que tienen el mismo valor los casos que ha oído en la Asunción del Paraguay: *baka*, *abako* (baja, abajo) (pág. 103). Y aun los casos de *fresco-fré^hko* (en *queso fresco*): algún mozo italiano de restaurant trataría de reproducir la pronunciación porteña *fréhko*.

normalmente en la Argentina (puede chocarle en un argentino, por lo que hay en ello de afectación). Y mucho menos a un público de teatro, acostumbrado desde siempre a la actuación de las grandes compañías españolas (recuerdo personalmente las brillantes temporadas de las compañías Guerrero-Mendoza, Catalina Bárcena, Lola Membrives, Margarita Xirgu), y hasta de conjuntos que se dedican a ambular permanentemente por provincias. Es indudable que Malmberg, preocupado por anotar matices fonéticos, descuidaba el sentido del diálogo de Benavente, cargado siempre de segundas (y terceras) intenciones. Como también se le escapa el sentido, por una preocupación fonética elemental, al encontrarse con el siguiente pasaje de *Don Segundo Sombra*:

—Vez pasada —contó Pedro—, cuando juimos de viaje pa Las Heras, ¿te acordáh Oracio?, lo llevábamos de bisoño a Venero Luna. Hubieran visto la bulla que metía este cristiano. Puro floriarse entre el animalaje. Tenía una garganta como trompeta'e línea, y déle pacá, déle payá, les gritaba: "Ajuera guay, ajuera guay". Pero cuando llevábamos cinco días de arreo, al hombre se le jueron bajando los humos. A la llegada, ya casi ni se movía. "Era ey, era ey", decía como si estuviese rezando, y estaba de flaco y sumido que me daban ganas de atarlo a los tientos.

Es decir, cuando estaba fuerte gritaba "Ajuera guay" (¡Afuera, buey!), y cuando estaba flaco y sumido apenas le alcanzaban las fuerzas para "...era... ey". Pues bien, Malmberg creyó que ese *ey* equivalía a *él*, cosa sin sentido. Y no sólo eso, sino que le buscó una interpretación complicadísima (pág. 155): como hay a veces una alternancia *i-ž*, "no tiene nada de sorprendente que se haya formado en el argentino popular una forma *ey* por *él* según la fórmula lézes-léi: éža-éi". No creo que jamás haya llegado la lengua a una matemática tan sutil. La mala suerte está en que en la Argentina no existe *ey* por *él*. Sí existe —o mejor dicho, existió hace un siglo— en Puerto Rico. En *BDH*, II, pág. 159, recogíamos la siguiente copla de *El jíbaro*, de Manuel A. Alonso:

Tribusio López *ey* manco
y Chano Pérez *ey* tuerto,
dambos a dos señalaos
y nenguno pol *sey* bueno.

Ese *ey* de Puerto Rico se explica fácilmente por igualación de *r-l* y vocalización de la *r* (lo mismo que *sey* por *ser*, en la misma copla), una vocalización que ha de haber sido bastante general, a juzgar por los textos folklóricos, pero de la que Navarro Tomás no encuentra hoy más que débiles restos.

No nos vamos a detener en una serie de erratas, lapsos y errores debidos a ligereza y a conocimiento insuficiente de la lengua y

de su historia⁴. Una mayor familiaridad con el castellano y sus problemas le habría hecho desconfiar, no sólo de su oído, sino además de los aparatos. Las inscripciones quimográficas también pueden ser engañosas. Cuando le dicen a uno que en *los cisnes cantan* la *s* de *cisnes* ha debido asimilar completamente a la *n* (pág. 166, fig. 93), hay que repetir totalmente la experiencia. Me parece también que cuando las inscripciones dan a la *r* agrupada con consonante (*árbol, fuerte, madre, etc.*) un elemento vocálico intermedio (vocal "svarabháktica" o adventicia) con una duración media de 4.44 c/s (en ocasiones 5.23 c/s), casi la de las vocales átonas corrientes (págs. 131-132), creo que o no sirven los aparatos o no sirven los sujetos de la experiencia. El elemento vocálico que acompaña a la *r* es, en la pronunciación argentina, tan breve e imperceptible como en la pronunciación castellana de Navarro Tomás.

Y aun conspiran contra el libro las aplicaciones que hace de la terminología "fonológica" acuñada por la escuela de Praga. Ya lo hemos visto en su original interpretación del supuesto *ey* por *él* en la Argentina. Explicar casos como *ñato* (chato), *ñamar* (*yamar* < *llamar*), e inversos como *mayana* (mañana) o *tamayo* (tamaño) como "debilitamiento de la oposición entre los tres fonemas (originariamente cuatro) de la serie palatal" (pág. 119), no creo que sea del todo exacto ni que aclare la cuestión; la vieja explicación, como casos aislados de alternancia de palatales, en que había que interpretar además cada uno, me parecía mejor. El afán de presentar las cosas "fonológicamente" le hace forzar a veces los hechos: la diferencia *e-i* es fonológica —dice— en sílaba acentuada (pág. 38), lo cual haría creer que no lo es en otras circunstancias. Pero en el castellano de todas partes hay una oposición viva y significativa entre *venimos-vinimos, rezando-rizando, etc.* Claro está que en posición átona es más fácil la alternancia. Las formas *redamar, redotar, redibar, etc.* (derramar, derrotar, derribar, etc.) han sido explicadas por Henríquez Ureña (véase además *BDH*, II, págs. 176-178) por influencia del prefijo *re-*, "lo cual no impide —dice Malmberg, pág. 141— que sea la pérdida de la distinción $\bar{d}-r$ lo que está en la base de la alteración". Si no hay pérdida ninguna de la distinción, y el que haya un acercamiento entre las dos articulaciones tiene

⁴ Sólo recogemos algunos ejemplos. La alternancia *mélico-milico* (pág. 38), que registra en la *e* acentuada, es una sencilla alternancia *melico-milico*, de vocales átonas, que siempre se ha explicado por disimilación, como la de *polecia-policia, ministro-ministro, etc.* La *e* por la conjunción *y* (pág. 41) es sólo un caso más de *e* por *de* (el *Vocabulario criollo* de Saubidet trae, en el sitio citado, *tranquilo como agua e tanque*). Dice que ha observado a veces, en españoles cultos, una tendencia a poner el acento sobre el elemento más cerrado de las vocales, "por reacción contra la tendencia popular a la sinéresis": *hay > ai, atrae > atraé* (pág. 202). Me parece imposible. Seguramente ha confundido las palabras de la frase: *ai* sería sin duda el adverbio *ahí*; *atraé*, la forma del plural *atraed*. El investigador debe desconfiar a cada paso de sí mismo. Es además precipitado cuando dice que Navarro Tomás no menciona nasal labiodental en castellano (pág. 113); sí la menciona (*Manual*, §§ 12, 16, 76, 89) y la transcribe regularmente (m) en todos sus ejemplos y todos sus textos. Y no nos lo explicamos, porque a cada paso resume, cita y hasta discute a Navarro Tomás.

validez para explicar algunas alternancias, pero no ésas precisamente. El cambio *pellizcar* > *pelizcar*, que Henríquez Ureña explicaba por diferenciación, no sé si con razón (preferimos suponer la influencia de *pe*lo), le parece a Malmberg que se explica así: la oposición *ll-l* “no llega a mantenerse en los casos en que la primera se realiza como *l'* (*l* palatalizada), lo que equivale a decir que hay neutralización en un contorno palatal” (pág. 156). Como *s*̄b se ha vuelto muchas veces *f* bilabial (*φ*), cree que en el caso de *mis baúles*-*miφáule* se ha constituido una oposición *báule-φáule* de singular a plural (pág. 166). Pero, en primer lugar, el singular es *baúl* o *bául* (es raro *báule*); en segundo lugar, la *φ* o *f* bilabial, si se oye en ese caso, es ocasional, y nunca se ha fijado (no es obligado en plural el uso con *s* precedente, pues puedo *buscar baúles*, ir a *comprar baúles*, etc.), y en tercer lugar la *s* final del plural se manifiesta siempre como aspiración débil, o brilla, en su ausencia, en la abertura vocálica.

El fonetismo a macha martillo le hace olvidar con frecuencia la poderosa acción de la analogía o el cruce verbal. Pero no vamos a discutir lo que nos parece discutible en la obra de Malmberg, porque no nos alcanzaría quizá con 290 páginas⁵. Sin embargo, no

⁵ La parte más discutible es la introducción histórico-lingüística, unas veinticinco páginas en que baraja las opiniones y los autores más heterogéneos. No creo que pueda hablarse de ruptura de la tradición lingüística rioplatense en la época colonial (pág. 11). Ni que Sarmiento sea “el fundador de una lengua literaria argentina” (pág. 13). Ni que la inexistencia de normas recibidas explique el auge de la literatura gauchesca (pág. 18). Los vulgarismos o arcaísmos *mesmo*, *truje*, *agora*, *vide*, etc. están tan desterrados de la expresión literaria argentina o de la lengua de las clases superiores como en Colombia, México o Madrid, y su empleo en la literatura gauchesca no es una consagración (págs. 19, 20, 22), sino fenómeno de otro orden. El auge de la literatura gauchesca debe estudiarse más a fondo, pero éste no es cargo que podamos hacer a Malmberg.

Entre las observaciones fonéticas deficientes y engañosas sólo mencionaremos unas pocas. Cuando percibe “a menudo” en sus paseos por las calles de Buenos Aires un sonido intermedio entre *r* y *l* semejante al que Henríquez Ureña describe para Santo Domingo (pág. 144), se ve que no tiene idea de lo que es la confusión antillana; sus ejemplos (*árbol*, *cóndor*) limitan la confusión a los casos de relajamiento en posición final átona. Los casos de *asaite* (aceite), *láido* (leído), etc. los da para ejemplificar la abertura de *e* acentuada en sílaba libre o trabada, “sobre todo delante de *i*” (pág. 36); pero debió decir “sólo delante de *i*” (hay cierta igualación de los diptongos *ai-ei*, pues se oye también *méiz* < *maíz*, etc.). La *r* no se relaja en la pronunciación vulgar de todas las regiones hispánicas, ni es normal su pérdida después de los diptongos *ie*, *ue* (*quió*, *quiás*, *hubiá*, etc.) en todo el mundo hispánico (pág. 135); cualquier generalización de este tipo es peligrosa y falaz. No se puede decir que la aspiración de *s* intervocálica está muy difundida en Venezuela (pág. 168); lo que toma por posición intervocálica es final de palabra ante vocal de la palabra siguiente, pero en esos casos es también normal la aspiración en la Argentina (*lah ocho*, *loh hombreh*, etc.). La conservación de *ll* en el Paraguay no puede deberse a que el castellano sea allí lengua culta (pág. 153), por el hecho de que alterne con el guaraní, ni su conservación en algunas provincias del interior de la Argentina (Catamarca o La Rioja) puede considerarse como “arcaísmo convertido en vulgarismo” (pág. 153); quizá se deja llevar en esto por la analogía del francés, en el que la *ll* ha desaparecido de la lengua culta y sólo se

quisiéramos ser injustos con el autor, a quien deseáramos ver más reposado, más horaciano, elaborando lenta y concienzudamente sus trabajos, ni con el libro, que representa sin duda un esfuerzo inmenso de información y de elaboración. Si los estudiosos y romanistas que no estén muy familiarizados con la fonética española y argentina deben manejarlo con sumo cuidado, es indudable también que cualquier investigación futura que quiera emprenderse deberá tomar en cuenta sus observaciones, para rectificar unas y confirmar otras. La obra de Malmberg servirá entonces de estímulo, y hasta ahorrará una parte importante del camino.

ÁNGEL ROSENBLAT

Universidad Central de Venezuela.

RUTH HOUSE WEBBER, *Formulistic diction in the Spanish ballad*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1951. (*University of California Publications in Modern Philology*, vol. XXXIV, núm. 2, págs. 175-278).

Los estudios sobre el romancero español se han ocupado principalmente de sus orígenes y de sus temas: casi no se ha atendido, en cambio, a sus características formales. Para colmar tan grave laguna, la señora Webber ha emprendido el estudio del romancero viejo en dos de sus aspectos estilísticos más importantes: los giros estereotipados y los esquemas de repetición y paralelismo.

La primera parte del trabajo (págs. 180-213) se dedica a la clasificación y recuento de las fórmulas fijas del romancero: fórmulas de introducción al diálogo (por ejemplo, *bien oiréis lo que dirá*) y a la acción (*ellos en aquesto estando*); fórmulas de diálogo (*calledes, hija, calledes*), fórmulas de acción (*ya se parte, ya se va*); frases adjetivas (*hombres de muy gran valía*) y otras análogas, frases adverbiales (*otro día de mañana*). En breve esquema se agrupan los prototipos y principales variantes de esas fórmulas; un comentario conciso registra su posición en verso non o par, señala algunas variantes secundarias y enumera ejemplos paralelos de la épica española y francesa y de la poesía popular europea; una tabla indica para cada grupo el número de veces que las diferentes fórmulas se presentan en cada uno de los cuatro tipos de romances de la *Primavera* y *flor* de Wolf y Hofmann, con un recuento del total y del porcentaje.

La segunda parte (págs. 214-236) estudia las diversas maneras como suelen repetirse en los romances palabras, ideas y construcciones, y

conserva en algunos *patois* (en ninguna región del español se podría considerar vulgarismo la conservación de la *ll*). Tampoco la pronunciación *l̄y* por *ll* (*cabályo*) se da "sobre todo en las personas de cultura insuficiente" (pág. 154); se da, en la Argentina, Venezuela y todas las regiones yeístas, entre las personas que se esfuerzan por pronunciar la *ll* y no lo logran: lo hemos notado en personas cultísimas, profesores, académicos o escritores (se les puede reprochar falta de don fonético, pero no falta de cultura). Etc., etc.